



INNOVAR PARA NO DEJAR A NADIE ATRÁS: LA JUVENTUD QUE ESTÁ TRANSFORMANDO LA INCLUSIÓN DESDE LAS AULAS



A menudo medimos el progreso a través de la crudeza de los datos: la rapidez de un procesador, la sofisticación de un algoritmo de inteligencia artificial o la capacidad de escala de un modelo de negocio. Sin embargo, en medio de esta aceleración tecnológica, corremos el riesgo de olvidar una verdad fundamental: la innovación con valor y vocación de permanencia nace de la empatía de la mirada que detecta la necesidad.

Esa mirada transformadora ya está presente en nuestro país. Día a día, en las aulas de Secundaria, Bachillerato, Formación Profesional y en los espacios asociativos juveniles, florece una creatividad distinta: humana, pegada a la calle y profundamente consciente de su entorno. Ese es precisamente el espíritu que impulsa XTalento Challenge, la iniciativa de Fundación ONCE dirigida a jóvenes de entre 14 y 21 años que invita a convertir ideas en soluciones con impacto social. La convocatoria, abierta hasta el próximo 16 de diciembre, ofrece a estudiantes y entidades juveniles la oportunidad de diseñar proyectos innovadores que contribuyan a construir una sociedad más inclusiva, accesible y sostenible.

A través de este programa que conecta el ámbito educativo con las entidades sociales y el tejido empresarial, nos encontramos ante una generación de jóvenes comprometidos que no concibe el avance como una carrera individual ni el éxito como un privilegio para unos pocos. Un proyecto que no sea accesible carece de valor, y un progreso que deja a alguien atrás no es un logro, sino una brecha insostenible. Solemos escuchar en foros e instituciones que la inclusión es un horizonte deseable al que aspirar con el tiempo. Sin embargo, al observar cómo la juventud aborda los retos de sus municipios, barrios o centros educativos, descubrimos algo mucho más potente: para los jóvenes, la inclusión es el punto de partida indispensable a partir del que se debe construir cualquier idea.

Uno de los aspectos más enriquecedores del programa es el trabajo colaborativo entre jóvenes con y sin discapacidad. Forma parte de su manera de entender el aprendizaje, la convivencia y el



crecimiento mutuo. De esa pluralidad de vivencias surgen preguntas más auténticas, visiones libres de prejuicios adultos y una dinámica de trabajo basada en la cooperación sincera por encima de la competición.

Cuando apoyamos esta sensibilidad juvenil con una metodología sólida y un respaldo institucional firme, las ideas cobran vida en forma de impacto real y cercano. Lo comprobamos cuando observamos iniciativas que surgen directamente del compromiso con la comunidad. Por un lado, vemos cómo la insistencia y el trabajo continuado de grupos que comenzaron diseñando soluciones de apoyo en impresión 3D han evolucionado hacia la creación de aplicaciones móviles con inteligencia artificial y reconocimiento de voz que funcionan como traductores personalizados para personas con afasia o dificultades del habla.

Por otro lado, presenciamos cómo estudiantes de Educación Especial aplican sus conocimientos en áreas como la jardinería para transformar los jardines de viviendas tuteladas en entornos verdes, accesibles y sostenibles, creando espacios de convivencia que mejoran de forma directa la calidad de vida de las personas mayores que allí residen.

Ninguna de estas soluciones nace como una abstracción teórica sobre grandes dilemas globales. Surgen como una respuesta directa, humana y profundamente consciente a necesidades reales identificadas en el entorno cotidiano.

Este enfoque nos exige también transformar nuestro rol como educadores, tutores y profesionales del entorno corporativo. Acompañar la innovación social no consiste en impartir lecciones ni en fijar itinerarios cerrados. Guiar no es dirigir. Y orientar no es fiscalizar. La labor del mentor reside en saber sostener el espacio necesario para que la intuición de los estudiantes tome forma, facilitando recursos y permitiendo que sean ellos quienes lideren, tomen decisiones y aprendan de cada acierto y de cada tropiezo.

Vivimos en un entorno propenso a etiquetar a la juventud con tópicos injustos, tildándola de apática o distante de la realidad. Bastaría con asomarse un instante al trabajo que realizan estos equipos para comprobar cómo esa visión se desmorona. Lo que encontramos en las aulas es un nivel de madurez, compromiso y rigor que interpela directamente al mundo adulto. Las personas jóvenes no están esperando a que el futuro llegue, lo están transformando hoy.

Si de verdad aspiramos a consolidar una sociedad justa, inclusiva y sostenible, debemos empezar por reconocer y respaldar el potencial transformador que ya late en nuestros centros educativos y barrios. Apostar por el talento joven es apostar por el futuro. Pero también por el presente. Porque las soluciones que necesitamos para construir una sociedad más inclusiva ya están empezando a surgir en las aulas, en los centros de formación y en los espacios de participación juvenil.

En este sentido, abrir vías de participación para centros educativos y colectivos juveniles de todo el territorio nacional es fundamental para encauzar el talento joven hacia proyectos reales de transformación. Confiar en los jóvenes no es una apuesta de futuro. Es una decisión inteligente para transformar el presente y garantizar que nadie se quede atrás.